

# Capítulo I

## DESARROLLO TARDÍO Y ATRASO FRENTE A LAS TRANSFORMACIONES DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

---

Millones de personas han sido víctimas de desastrosas políticas de desarrollo concebidas megalomaniacamente y ejecutadas sin sensibilidad ni eficacia, que a la postre han desarrollado poco más que los poderes y la fortuna personal de los gobernantes. Los pseudo Faustos del Tercer Mundo, en apenas una generación, se han hecho notoriamente expertos en la manipulación de imágenes y los símbolos del progreso [...] pero visiblemente incapaces de generar un auténtico progreso que compense la miseria y la devastación reales que traen consigo.

—Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*

### 1. INTRODUCCIÓN

El mundo ha experimentado durante las últimas tres décadas una serie de cambios históricos de gran alcance, mismos que han trastocado el orden derivado de la segunda posguerra. A nivel económico, en el orden productivo y financiero, se han presentado profundas transformaciones tecnológicas e institucionales articuladas en torno a la globalización como el declive del fordismo, el agotamiento del instrumental keynesiano de política económica y el avance del neoliberalismo, la reconfiguración espacial de la producción, el desarrollo de nuevas tecnologías aplicadas y la vorágine de la ingeniería financiera que ha derivado en una sobre-expansión de la esfera especulativa que ha postrado a la economía mundial a partir de 2007 y manifiestamente con una crisis de alcance irrefutable en 2008 y 2009. Pero también se han sucedido grandes transformaciones en materia geopolítica, social y cultural, que han conformado una realidad muy distinta a la que predominó hasta mediados de los 1970s.

No obstante, en medio de esos cambios subyacen problemas de carácter estructural como la pobreza, la desigualdad, la ignorancia, la explotación y el conjunto de rasgos miserables que caracterizan al atraso. De esta forma, pese a visiones que perfilan una idea de globalización como “mundo único”<sup>1</sup>, el problema del atraso sigue ocupando un lugar central en la agenda de la ciencia económica, al incumbir a la mayoría de los se-

---

<sup>1</sup> Ver crítica de Dabat, 2002.

res humanos del planeta. No sólo el mundo ha sido incapaz de superar las enormes diferencias entre los países desarrollados y los atrasados, sino que para aquellos países más rezagados las diferencias se ensanchan continuamente, en un mundo donde factores como el conocimiento, la innovación y la capacidad de aprendizaje juegan un rol central en la habilitación de capacidades económicas y sociales.

En el caso de América Latina, la crisis desencadenada por el endeudamiento externo y los apuros fiscales derivados de éste, el agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones y la credibilidad de esa estrategia, implicaron un cambio estructural ejecutado bajo la rectoría de las políticas neoliberales alineadas en lo que a la postre fue llamado el “Consenso de Washington”, mismas que han presentado magros avances y serios retrocesos, y cuyo saldo a fin de cuentas es mayor desigualdad entre sociedades —de suyo— históricamente heterogéneas e inicuas.

El propósito de este capítulo es caracterizar por una parte las grandes transformaciones en la economía mundial, bajo la tesis de que están impulsadas por tendencias inherentes a la “destrucción creadora” capitalista, en una lógica de onda larga. Por otra parte, atenderemos el proceso del desarrollo tardío, a través de algunas de las principales perspectivas teóricas sobre el mismo, con miras a ponerlas en diálogo y perfilar una posición propia que dé soporte al resto de la investigación en lo que concierne al tema del atraso como condicionante para el desarrollo nacional; a partir de la intención de explicar las diferentes trayectorias seguidas por los países tardíos tipo “A” y los del tipo “B”, intentaremos rastrear las causas que perpetúan el atraso en estos últimos; ello permitirá ubicar la situación en la que se encuentran países como México, en una época como la actual en la que la modalidad de inserción a economía global es de gran importancia.

Para ello, atendemos algunas de las diferentes posiciones heterodoxas que son importantes por su alcance explicativo del cambio histórico que queremos exponer, tomando como base las limitaciones que se le han reconocido a la postura ortodoxa de la ciencia económica. Los variados argumentos que cuestionan la validez de los fundamentos del *statu quo* neoclásico, dan la pauta a una revisión deliberativa en aras de responder a las condiciones impuestas por el cambio histórico mundial y sus efectos sobre el curso económico de las naciones y sociedades cambiantes.

La naturaleza de estos cambios implica dotar al análisis económico de posturas que reconozcan la condición cambiante del capitalismo (dentro de sus propios fundamentos), las asimetrías institucionales entre los diferentes espacios nacionales, así como de los efectos del cambio tecnológico.

## **2. COMPLEJIDAD Y DINÁMICA DEL CAPITALISMO (MARCO TEÓRICO DE REFERENCIA)**

Al considerar al sistema social como un sistema complejo (es decir, que reconoce relaciones y cambio), la postura analítica de la economía ortodoxa basada en los modelos de la física newtoniana —de la que concluye la prevalencia de grandes leyes universales— [Rivera, 2007: 28], se estrecha en la idea de sistemas mecánicos y es incapaz de reconocer el cambio y así, el azar, la contingencia y el caos. A partir de la idea de equilibrio general se derivan conceptos como eficacia, racionalidad y linealidad en el terreno económico.

El enfoque que se sigue en este estudio toma distancia de la perspectiva económica tradicional que ha regido en la economía neoclásica, por el contrario, optamos por un enfoque sistémico, abandonando la idea de que la simple suma de las partes conforma el todo, reconocemos que son las *relaciones* (económicas, sociales, políticas, ideológicas, culturales) las que estimulan o inhiben las potencialidades que hay en un sistema, y que por diferentes momentos se estabilizan en las reglas que rigen a una sociedad, es decir, sus *instituciones*; lo que nos conecta con el enfoque organicista.

Asumiendo que el sistema económico es por definición social, si el mismo sistema no responde a determinismos fijos, tampoco las trayectorias (exitosas o fracasadas) del curso económico pueden distanciarse en definitiva del azar, lo que nos sitúa en un sistema caótico (al ser dinámico y no lineal, el terreno económico responde a condiciones caóticas), lo que hace que el cambio en el sistema complejo sea endógeno al cambiar su estructura. Los cambios en la estructura sistémica se presentan como fenómenos de auto-organización.

En un sistema económico complejo, el comportamiento de un agente está en relación con el comportamiento de los demás agentes en el sistema, lo que dificulta el cálculo de sus estrategias, decisiones y las consecuencias que se deriven. Los cambios y expectativas de cada agente están en un proceso de interacción que conduce a efec-

tos no lineales. Ya que en la relación entre las partes con el todo pueden comprenderse los *procesos intermedios* dentro de una estructura, las instituciones juegan un rol central en la direccionalidad que siguen los sistemas sociales. Las propiedades que emergen de las relaciones, las sinergias, pues, son las que interesan en este trabajo.

Desde esta perspectiva, el sistema económico es caótico, ya que implica tanto elementos deterministas como azarosos imbricados dialécticamente. El plano determinista está fijado subjetiva y objetivamente por las leyes humanas, las costumbres (hábitos mentales), las normas y las fuerzas que estructuran al sistema capitalista (fuerzas productivas, relaciones de producción, derechos de propiedad, reglas jurídicas, regímenes políticos, normas morales, etc.); pero al mismo tiempo, queda abierto a un abanico de posibilidades de que las finalidades fijadas por el plano determinista se cumplan o no (azar), abriendo el terreno a la creación continua de los sujetos.

Por ende, tomando al capitalismo como unidad de análisis primario, lo reconocemos como un sistema dinámico y complejo [Dabat, 1994: 31] pero al mismo tiempo contradictorio, como destacó Marx; lo que exige considerar las implicaciones fundamentales de dicho sistema para poder explicar sus diferentes manifestaciones, mismas que le permiten *cambiar sin perder su "esencia"*. Desde esta concepción, el núcleo básico del capitalismo es abierto y cambiante, pero fiel consigo mismo.

La falta de linealidad del capitalismo es lo que explica que las determinaciones que lo rigen no sean inexorables, por el contrario, son proclives a la incertidumbre y aun sus momentos de auge no son constantes, sino que están mediados por la discontinuidad, expuestos a las recesiones (que tampoco son definitivas), y con base en ello, es susceptible a las crisis que son periodos de recomposición y reorganización del capitalismo, momentos en los que se lleva a cabo lo que Schumpeter llamó la "destrucción creadora" [1983 y 1997; Pérez, 2004], en la que la innovación tecnológica actúa como motor dinamizador del sistema y se renueva la base capitalista de acumulación y valorización, gracias a la modernización técnica [Dabat, 1994].

Es por eso que los enfoques tecnologistas tales como el evolucionista [Dosi, 1991 y 2008; Bell y Pavitt, 1992; Malerba, 2008] y el neoshumpeteriano [Pérez, 1992 y 2006; Freeman, 1986] adquieren una importancia primordial en esta investigación, ya que la aceleración de lo que Marx [1982a y 1982b] llamó la elevación de la composición orgánica del capital juega un rol central por lo que se refiere al soporte de la nueva

economía, basada en la creación de bienes intangibles derivados del conocimiento, y por ende promotora del constante cambio tecnológico. Todo ello, define las pautas de la competencia mercantil, si se advierte que en la lucha por los mercados globales, influye el mecanismo schumpeteriano, es decir, el principio de la innovación tecnológica.

El reconocimiento de Marx y Schumpeter a la importancia del progreso tecnológico, es advertencia de una necesidad continua en el sistema por mitigar los momentos de contracción y crisis [Mandel, 1979 y 1986]. Este dinamismo queda representado en torno a la forma de grandes olas en las que fluctúan la producción, el ingreso, el empleo y la inversión según la fase expansiva o recesiva. Correspondientemente, se toma en cuenta que el capitalismo, al ser un sistema dinámico, da lugar a su expansión y contracción relativamente regular mediante las ondas largas y la innovación [Schumpeter, 1979 y 2002; Mandel, 1986; Freeman, 1989; Pérez, 1985, 1992, 2001 y 2004;]. También tienen cabida en este enfoque los tratamientos sobre patrones de competencia y regímenes de apropiación de excedente; ello nos lleva a algunas líneas del estudio de la apropiación de rentas económicas en el espacio global [Dabat, Rivera y Sztulwark, 2007; Rivera, 2008].

Por otra parte, dado que el espacio mundial actualmente acentúa su relevancia por representar la fuente suprema de valorización capitalista, es insoslayable el reconocimiento de la tendencia inherente del capitalismo a la internacionalización por medio de la incorporación y asimilación, en efecto desigual, de los diferentes espacios nacionales [Marx, 1982a, 1982b y 1984; Bujarin, 1982; Hilferding, 1985; Lenin, 1989].

Ahora bien, al referirnos al mercado mundial es menester ubicarlo como *totalidad concreta* en la cual se despliegan las fuerzas, tendencias y contradicciones del capitalismo; constituye el espacio al cual concurren los diferentes capitalismoes nacionales y en torno al cual se imbrican, “a partir de una estructura que se sustenta en el nivel de desarrollo de estos últimos y de la división internacional del trabajo... [el mercado mundial] actúa como una fuerza homogeneizante que impone sus condiciones a todos los países que relaciona.” [Dabat, 1994: 32-33]

En esa tendencia, el intercambio presenta sus efectos ambivalentes; por un lado, ofrece oportunidades para el desarrollo capitalista, comprendido como la mejoría continua en las condiciones de vida de una población perteneciente a una economía

capitalista; el desarrollo depende del incremento cuantitativo de la riqueza (crecimiento económico), pero el desarrollo implica la mejora cualitativa a través de su reflejo en la mejoría de la vida. Esto no niega el desconocimiento de que por su condición implícita, el capitalismo necesariamente conlleva explotación y desigualdad. La confrontación inter-capitalista exige que unos países avancen sobre otros, pero estos resultados no pasan exclusivamente por la eficiencia productiva, también están presentes en esa competencia elementos de orden político y de fuerza [Dabat, *ibid*: 34].

En torno al mercado mundial, unos países avanzan en la ruta de una adaptación activa a la lógica capitalista, mientras que otros son arrastrados pasivamente por la misma, logrando una inserción dependiente y tardía. Pero debido a que la dicotomía entre países avanzados y tardíos no es perentoria, se necesita rebasar condicionamientos teóricos que impiden reconocer posibilidades de desarrollo; esos condicionamientos los ejemplifica la óptica dependentista-tercermundista que explica el atraso *solamente* como el producto de la dependencia externa a la que están fijados los espacios subordinados a los centros imperialistas. “Pero la contraposición entre las ventajas objetivas del intercambio internacional y las condiciones concretas de desigualdad a partir de las que se establece, son la expresión en el terreno internacional del carácter contradictorio del modo de producción capitalista en cuanto, simultáneamente, medio de desarrollo de las fuerzas productivas, socialización del trabajo y universalización de la cultura, e instrumento de opresión y explotación. Como en el caso del mercado capitalista de trabajo, los parias del mercado mundial no son los países pobres más integrados al comercio mundial, sino los más marginados” [Dabat, *ibid*].

Hay que considerar que dentro de esa oposición binaria (desarrollo/subdesarrollo, centro/periferia) la inserción al mercado mundial abre posibilidades de desarrollo capitalista para los países tardíos, las que pueden favorecerse o acelerarse sólo en relación con la estrategia que éstos sigan, ya que de no enfrentar el reto de la inserción, el mercado mundial tenderá a absorberlos pasivamente, inhibiendo los virtuales efectos positivos de su inclusión activa al mismo.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> De esta forma, “el nivel de desarrollo y rango alcanzado por los países dentro del sistema capitalista mundial obedece fundamentalmente a la capacidad de dinamismo interior de transformación de sus propias condiciones económicas, sociales, políticas y culturales, y a las condiciones de integración al mercado mundial y el sistema internacional de Estados.” [Dabat, *ibid*: 35]

Para esto es importante advertir que el capitalismo no sólo responde a las fuerzas que los países centrales imponen al conjunto a través de los motores exógenos<sup>3</sup> del capitalismo, sino que existen posibilidades dinámicas también a partir de los motores endógenos que operan dentro de los espacios nacionales en los que el capitalismo se manifiesta a partir del despliegue extensivo e intensivo de sus efectos en el mercado nacional; esto es, el desarrollo a expensas de formas precapitalistas de producción, sobre las cuáles se extienden las propiedades del capitalismo sobre la organización del trabajo, las relaciones de propiedad y producción, el comercio y la acumulación; lo que una vez cimentado, da la pauta al despliegue de las modalidades intensivas que avanzan en su profundidad a partir de la elevación en la composición orgánica del capital, los avances tecnológicos y organizativos, la centralización de capitales, el desarrollo complejo del crédito y la regulación estatal, que perfilan un nivel más avanzado de capitalismo [Dabat, *ibid*: 35-36].

Así, la estructuración del capitalismo, su extensión a nivel mundial y su relación con los capitalismo nacionales, *condiciona* las modalidades de inserción y avance relativo de éstos en torno al espacio mundial [*op. cit.*: 38]. A partir de ello, las economías atrasadas definen sus procesos de desarrollo con base en las condiciones objetivas y la superestructura institucional. Al respecto, es importante subrayar que el desarrollo nacional no es un proceso mecánico, ni netamente dependiente de los condicionantes externos, por lo que la práctica político-social resulta obligada.

Justamente, seguimos a Dabat en el supuesto de que la progresividad histórica de los países depende de la resolución de tres problemas centrales: *a)* el desarrollo de las fuerzas productivas, *b)* la participación del trabajo en la apropiación de sus frutos, la gestión y las condiciones de la producción de riqueza, y *c)* la democratización política-social [*op cit.*: 44-45]. Así, las vías de progresividad histórica están dentro en un espectro entre las rutas *progresistas* (“desde abajo”) y las *reaccionarias* (“desde arriba”). Por lo cual, en relación a la resolución de las circunstancias objetivas y subjetivas en los planos externo e interno subyace la eventualidad del desarrollo nacional.

Con base en lo anterior, es importante abrirse a la discusión entre perspectivas que desde diferentes ángulos y alcances toman en cuenta el cambio y la complejidad, con

---

<sup>3</sup> Motores que operan a partir del mercado mundial y el sistema mundial de Estados; consideran aspectos tales como la conquista, el comercio exterior, los transportes y comunicaciones internacionales, y la exportación de tecnología y capitales. Cfr. Dabat, 1994: 36, y Dabat, 1993: cap. VI.

nuestra pretensión de explicar suficientemente el cambio y las rutas que podrían potenciar la superación del atraso económico en países tardíos como México. A continuación se desmenuzan las grandes transformaciones de la economía mundial, a partir del concepto sistémico del ciclo largo.

### **3. EL CICLO LARGO DE REESTRUCTURACIÓN SISTÉMICA EN LA ECONOMÍA MUNDIAL**

En las últimas décadas se han sucedido grandes cambios en la economía mundial, particularmente acelerados desde los 1990s. Son varios factores los que han confluído en la direccionalidad histórica que desemboca en lo que se ha denominado '*globalización*', y que con base en el vertiginoso progreso tecnológico y la centralidad del conocimiento en el proceso de valorización, definen un capitalismo que aludiremos como informático-global [Dabat, 1999 y 2002], en concordancia con un nuevo patrón industrial [Rivera, 2007: 25]. Estos cambios no responden meramente a factores coyunturales o superficiales, sino que han trastocado la estructura del sistema en conjunto, implicando una serie de cambios profundos en la manera en que el capital se valoriza en la producción y circulación, así como en los medios para regular las tensiones internas del sistema.

Para los fines del trabajo, nos centraremos en dos aspectos: 1) el impacto tecnológico, y cómo las revoluciones tecnológicas dan lugar a una nueva onda larga; y 2) el plano político, ya que no podemos perder de vista que durante el desarrollo y maduración de la nueva expansión, se requiere de un sustento de política económica, un paradigma que sea funcional con las necesidades de la acumulación y que en el caso de nuestro estudio, se refiere al tránsito del keynesianismo al neoliberalismo, lo cual ha trastocado de raíz la relación Estado-capital. Este segundo rasgo es manifiestamente importante para nuestro estudio, ya que como fruto de esa nueva relación se han ofrecido enormes oportunidades para la concentración y centralización de capital, lo que ha coadyuvado a la formación de las grandes corporaciones de expansión transnacional a nivel mundial, y que manifiesta su expresión reciente en los países tardíos.



### ***A. La onda larga<sup>4</sup> de reestructuración sistémica***

Hemos planteado que el capitalismo es un sistema dinámico, complejo y contradictorio. Por esa razón, debemos reconocer la causa que origina ese comportamiento a partir de la manifestación de discontinuidades presentes en forma de procesos de expansión, contracción y estancamiento en el capitalismo, con base en la teoría de las ondas largas ascendentes y descendentes, lo que implica el reacomodo sistémico sobre la economía mundial [Dabat, 1994: 40]. Por una parte, hay que reconocer que como sistema social complejo, el capitalismo está abierto a la contradicción y el dinamismo, lo que caracteriza su extraordinaria capacidad para reinventarse a lo largo de los siglos en los que ha prevalecido (sin perder sus propiedades fundamentales). Eso nos lleva a subrayar que si bien el capitalismo tiene rasgos esenciales, puede manifestarse con diferentes facetas durante su proceso de despliegue. Así, cuando reconocemos a la etapa neoliberal como “capitalismo salvaje”, se da en contraste con el periodo socialmente más incluyente del Estado benefactor, propio de la Edad Dorada capitalista de la posguerra. Mismos contrastes son posibles entre el capitalismo de inicios del siglo XIX y el imperialista.

Por otra parte, en esos reacomodos periódicos pueden identificarse tendencias a la expansión y contracción del mercado mundial. Dabat nota una “...tendencia dominante hacia la internacionalización [que] coexiste con periodos históricos de retroceso (épocas de contracción del mercado relativa del mercado mundial) en los que predominan temporalmente las tendencias hacia la nacionalización de la vida económica” [op. cit.: 33]. Esos periodos en los que se contrae el mercado mundial, son periodos favorables a la reorganización de los capitalismo nacionales, ya que puede aminorarse la dependencia del exterior y fortalecerse la economía interna.

Veamos con mayor detenimiento esto; la idea de que el capitalismo se mueve a partir de discontinuidades conocida como “ciclos Kondratiev”, tiene referencias en el pensamiento marxista y contribuciones en autores como Schumpeter y sus seguidores. En primer término, Marx reconoció cómo en la competencia por los beneficios, los capitalistas buscan incrementar la parte constante del capital (inversiones en maqui-

---

<sup>4</sup> Se prefiere el término ‘onda’ sobre ‘ciclo’ para evitar la idea de regularidad estricta en la duración del proceso de expansión y depresión de la economía capitalista. Al dar cuenta de que este proceso histórico involucra a toda la sociedad en un proceso de largo plazo, Pérez [2004] las denomina ‘grandes oleadas de desarrollo’, en torno al medio siglo de duración aproximadamente.

naria y tecnología), lo que con un grado constante de explotación del trabajo (tasa de plusvalor) se manifiesta como una tendencia decreciente de la tasa media de ganancia,<sup>5</sup> esto incita a buscar causas contrarrestantes y renovar las fuerzas productivas a costa del capital variable (reducción de costos salariales), con lo cual, los procesos de elevación de la composición orgánica del capital incrementan la productividad y la masa de productos pero debido a una mayor explotación y desempleo tecnológico, provoca sub-consumo, dando pie a una sobreproducción que no permite la realización de las mercancías [Mandel, 1986: 97 y 2008], ocasionando una crisis que da lugar a una reconfiguración sistémica; así, el marxismo perfila períodos de aumentos y descensos en la actividad económica: la crisis recorta la oferta, incrementa el desempleo, y merma los salarios incidiendo negativamente en la demanda; hasta que la oferta se reanima iniciando un nuevo periodo.

Es importante notar que en este proceso subyace una tendencia cardinal a la centralización del capital, ya que en periodos recesivos las empresas más pequeñas o débiles son expulsadas del negocio por las empresas más grandes o con mayor fortaleza para enfrentar los tiempos adversos; el incremento del capital accionario (concentración) ocurre en las grandes empresas (centralización) capaces de costear las cuantiosas inversiones necesarias para la reconfiguración productiva. Los cambios ocasionados por las ondas largas implican de esta forma a la reorganización de la competencia capitalista en la que su expresión competitiva cede terreno a la producción oligopólica o monopólica, minando los dispositivos de la concurrencia empresarial individualista. Los grandes conglomerados alcanzan mayores niveles de poder no sólo económico sino político, que en momentos críticos ponen en jaque a la economía entera.

Schumpeter, a su vez, reconoció ese proceso de reestructuración como la clave en un sistema que es un “proceso evolutivo”, dado que para él, el capitalismo “... es por naturaleza, una forma o método de transformación económica y no solamente no es

---

<sup>5</sup> “[Se] ha revelado como una ley del modo capitalista de producción que, con su desarrollo, se opera una disminución relativa del capital variable en relación con el capital constante, y de este modo en relación con el capital global puesto en su conjunto”. [Marx, 1984: 270]. A partir de la fórmula que describe la tasa de ganancia como producto del cociente entre el plusvalor sobre el capital constante, el incremento del segundo se expresa en una ganancia decreciente. Al respecto, Marx plantea las fuerzas contrarrestantes (incremento del grado de explotación laboral, reducción del salario por debajo de su valor, abaratamiento de los elementos del capital constante, la sobrepoblación relativa, el comercio exterior, y el aumento del capital accionario).

jamás estacionario, sino que no puede serlo nunca” [1983: 120]. Se advierte un impulso endógeno hacia la innovación que “... revoluciona incesantemente la estructura económica *desde dentro*, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de *destrucción creadora* constituye el hecho esencial del capitalismo” [*op. cit.*: 121; cursivas originales].

En la búsqueda interna por innovar continuamente, Schumpeter nota que el capitalismo hace del cambio una variable propia, gracias a que la innovación tecnológica implanta nuevas técnicas que se traducen en productos novedosos; esa tarea está conferida al empresario innovador [Schumpeter, 1979], quien movido por un mayor apetito de ganancia introduce invenciones a la forma de producir o nuevos productos (innovación) y las difunde [Schumpeter, 1997], extendiéndose ulteriormente como fuentes de rentabilidad.

Este proceso dinámico explica tanto los cambios incrementales (adicionales) como los radicales que se plasman en innovaciones que reemplazan productos, cambian profundamente las técnicas de producción o crean nuevas ramas en torno a sistemas tecnológicos nuevos [Pérez, 1992 y 2004], que conforman un nuevo paradigma tecnoeconómico<sup>6</sup>. Este paradigma comienza a gestarse cuando invenciones previas se emplean con sentido económico, primero como innovaciones aisladas, y mediante ensayo y error, van cristalizando en la medida que solucionan limitaciones del paradigma anterior; a medida que ofrece éxitos, se produce la subsiguiente imitación que hace que industrias, empresas y países vayan adhiriéndose al nuevo paradigma, el cual termina por representar parte del “sentido común” para lograr la eficacia, esta es la idea de los neo-schumpeterianos [Freeman, 1986; Pérez, 1992, 2001 y 2004], cuya escuela caracteriza al capitalismo como el despliegue a partir de ondas largas sostenidas por nuevos paradigmas tecnológicos, que modifican la estructura productiva y financiera, pero también el comportamiento de los agentes económico-sociales en el orden socio-institucional [Pérez, 2004].

Ahora bien, es interesante cómo autores como Dabat [1993] y Pérez [2004], más allá de ciertas diferencias, concuerdan en identificar cinco ondas largas asociadas con

---

<sup>6</sup> Se usa el término ‘paradigma’ en el sentido de Thomas Kuhn, como un cuerpo de ideas, valores y creencias que se asocian como marco de sentido a la solución de ciertos problemas particularmente importantes en un momento histórico dado. T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*.

las revoluciones tecnológicas<sup>7</sup>, estando actualmente inmersos en la quita oleada, abierta a partir del paradigma anterior (fordista-keynesiano) hacia lo que Dabat llama el '*capitalismo informático-global*', y Pérez, '*era de la informática y las telecomunicaciones*'. En ambos casos, se subraya el carácter cognitivo e informático de la economía contemporánea, en conjunción con el desanclaje espacio-temporal de la valorización.<sup>8</sup>

Bajo esta óptica, la globalización es una nueva fase de desarrollo capitalista sostenida por la expansión del mercado mundial, efecto del agotamiento del paradigma fordista-keynesiano, así como del debilitamiento de la hegemonía estadounidense de posguerra, paulatinamente erosionada entre los 1970s y 1980s, tanto por la recomposición de las economías alemana y japonesa, que dio lugar a la llamada "tríada", como por el ascenso del bloque europeo; además del predominio de las tendencias financiero-rentistas de corto plazo, y el más reciente ascenso de los países tardíos — básicamente asiáticos— como nuevos competidores que se han situado en los dinámicos flujos productivos y financieros de la economía global.

Pero en su base objetiva, los grandes cambios se apoyan en la suplantación del fordismo por un nuevo patrón industrial impulsado por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, acompañados de los avances en la automatización flexible que han hecho posible una creciente integración de la tecnología en los procesos de producción que abarata los costos y eleva la productividad de los factores en torno a una organización laboral y de gestión bajo los principios "ohnistas" [Coriat, 2000], de lo que se desprende el modelo de organización de la producción flexible, caracterizado por una descentralización de los procesos productivos no sólo al interior de la planta, sino incluso de los espacios locales o nacionales de la firma.

A partir de principios como la minimización de inventarios, recurrencia a la subcontratación de empresas independientes, apego a la demanda del mercado, eliminación de tiempos muertos, mayor importancia del trabajo calificado y organizado en torno a círculos de calidad, un aprovechamiento tecnológico en el diseño, fabricación y distribución de los productos, el viejo modelo fondista centralizado y jerárquico cayó en obsolescencia. Esto ha dado lugar a una nueva división internacional del trabajo que se despliega a través de redes empresariales que integran en forma disgregada el

---

<sup>7</sup> Son menores las variaciones en la periodización, véanse Dabat, 1993, cap. 7, y Pérez, 2004, cap. 2.

<sup>8</sup> Castells se manifiesta en un sentido muy similar a ambos al destacar la importancia del conocimiento en la productividad y competitividad [1999: 93-94]

proceso de valorización a escala mundial, lo que abrió una ventana de oportunidad para los países tardíos [Pérez, 2001] para insertarse al mercado mundial.

### ***B. El ascenso del neoliberalismo***

Tomando en cuenta que para fines de los 1960s la economía mundial tendió a interrelacionarse más a raíz de la crisis del capitalismo de posguerra, la economía basada en la intervención estatal y la organización industrial fordista, inició su decaimiento con base en una combinación de factores como los problemas de déficits públicos por el sobredimensionamiento del gasto público propio de *Welfare State*, la expansión salarial en los países centrales, el desbordamiento de fenómenos inflacionarios y posteriormente el *shock* petrolero de 1973, que derivó en un encarecimiento del petróleo, materia prima central del fordismo y de la que obviamente era altamente demandante (lo que minó la productividad y competitividad de la predominante industria estadounidense), todo ello abrió la puerta a formas más eficientes de producir como el toyotismo (ohnismo).

La crisis monetaria del patrón oro-dólar impulsó la adopción de políticas económicas que tomaban abierta distancia del keynesianismo<sup>9</sup>; el monetarismo y lo que en conjunto se conoce como políticas neoliberales adquirieron vigor al ofrecer soluciones a los problemas financieros; es decir, se favorecieron medidas de política económica que enfatizaron el control disciplinado de las finanzas públicas, la aversión al déficit fiscal, la centralidad de la participación privada en la vida económica, la creencia de que la inflación *sólo* es un fenómeno monetario explicado como exceso de demanda, así como la desregulación de la vida económica en favor de una mayor libertad de empresa. A partir de los problemas fiscales en los países centrales, el soporte discursivo en el que se apoyó el neoliberalismo fue la crítica a la mala asignación de los recursos, enfatizando la idea de que "... los mercados imperfectos son mejores que los estados

---

<sup>9</sup> Los problemas que había venido acarreado Estados Unidos en materia fiscal, por el excesivo gasto económico y sobre todo militar como consecuencia de la Guerra Fría y la carrera armamentista frente a la URSS, configuraron un declive de su poderío económico, que menguó su competitividad y se reflejó en el declive del dólar, lo que terminó por finalizar con el patrón oro-dólar, cuando Estados Unidos devaluó el dólar al no poder responder a las demandas de los demás países de reconvertir sus reservas en oro. Además, dados los incrementos salariales en la participación de los ingresos, un relativo poder de algunos sindicatos puso al trabajo en la mira de las acusaciones, como responsable de las presiones inflacionarias que experimentó Estados Unidos a mediados de los 1960s.

imperfectos” [Colclough, 1994: 20], y que con todas sus fallas, los mercados asignan mejor los recursos que cualquier otro medio.

En la práctica, el neoliberalismo se concretó con el ascenso al poder político de Margaret Thatcher en Inglaterra (1978) y de Ronald Reagan en Estados Unidos (1980), iniciando el fin a la época de economía privada con intervención pública que sostuvo al Estado Benefactor. En el caso estadounidense, se implementó una política económica restrictiva con la intención de corregir la situación fiscal y de combatir la inflación; medidas que se tradujeron en un incremento de las tasas de interés en los Estados Unidos, acarreando un encarecimiento internacional del crédito, lo que impactó negativamente a países en desarrollo (como México y América Latina en general) que habían recurrido al crédito barato durante los tiempos de bonanza financiera en los cuáles, flujos masivos de dinero provenientes del encarecimiento petrolero se ofrecieron a tasas de interés muy bajas (e incluso negativas). Esta situación configuró la crisis de la deuda en el llamado Tercer Mundo.<sup>10</sup>

El cambio en el contexto mundial que había restablecido el dinamismo del mercado internacional a través de los flujos del comercio y las finanzas, así como de la extensión de las redes globales de producción, fue un gran impulso a la apertura de las economías de los países tardíos —que en el caso de México se ofreció bajo el concepto de ‘modernización’. De esta forma se iniciaron profundos cambios internos de orden macroeconómico<sup>11</sup>. A partir de políticas restrictivas del gasto público, que se centró en sus funciones mínimas, siguieron las políticas privatizadoras de empresas estatales, las reformas liberalizadoras en los terrenos comercial y financiero, así como la oposición al excesivo tamaño del Estado, los controles burocráticos y la tendencia proteccionista o “aislacionista” de las economías.

---

<sup>10</sup> Ocasionando una serie de transformaciones centrales para la historia contemporánea de América Latina. La región se hallaba a principios de los 1980s con serios problemas de endeudamiento externo, fragilidad en las finanzas públicas, presiones inflacionarias y sobre todo, una estrategia de desarrollo sostenida por la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) que se había agotado. Por ello, al momento de aludir la adopción del neoliberalismo en América Latina debemos reconocer una combinación de factores externos e internos, ya que a la ola favorable al libre mercado mundial apoyada fervorosamente por organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, encabezados por los después llamados “fundamentalistas del libre mercado”, se le sumó el impulso interno de nuevas élites políticas proclives a la doctrina ortodoxa, convencidas de la inviabilidad de sostener la estrategia proteccionista.

<sup>11</sup> En América Latina, al margen de la experiencia temprana de Chile (mediados de los 1970s), el conjunto de la región adoptó las medidas ortodoxas sintetizadas en el Consenso de Washington.

Con este contrapeso objetivo (crisis del modelo fordista-keynesiano) y subjetivo (inclinación política-ideológica al mercado), el capital internacional halló nuevas condiciones para la rentabilidad con base en las políticas neoliberales. Desde esa posición, la relación Estado-capital se alteró a favor del capital por no contar con una estrategia estatal sólida o consistente con las posibilidades que abría la globalización para la reorganización espacial del capitalismo y la inserción de los países tardíos. Por ende, el predominio neoliberal fue excesivo a raíz de la desmesura con que se le asumió y más que una alianza virtuosa entre el Estado y los grandes capitales, prevaleció una relación viciosa.

### ***C. Crisis global y debilitamiento del neoliberalismo***

En septiembre de 2008 estalló una gran crisis que se extendió profusamente por el mundo, postrando la economía mundial todo el 2009 y que parece extenderse hasta la actualidad. Esta crisis se fraguó desde 2007 y tiene su origen en la esfera financiera a partir del estallido de una burbuja en el mercado hipotecario estadounidense que se extendió a los niveles de liquidez, crédito, bancario y bursátil [Rodríguez Vargas, 2009: 14]. Como resultado de una sobreproducción en el sector de la construcción en Estados Unidos, se sobre-expandió el mercado hipotecario y dio lugar a una ola crediticia desregulada y anárquica. Al momento de romperse la burbuja especulativa y sobre todo con el posterior colapso financiero que se tradujo en el desplome de las bolsas de valores, el acrecentamiento del riesgo, la parálisis del crédito internacional y el desencadenamiento de una recesión, surgieron una serie de críticas acervas y paralelismos con la Gran Depresión de los 1930s.

Fue tal la magnitud de dicha crisis, que literalmente alcanzó una expresión global, generando incertidumbre y confusión no sólo en los ámbitos económico o financiero, sino en la percepción pública, lo que hizo que ni los discursos ni las medidas tomadas por los distintos gobiernos ofrecieran una perspectiva de solución definitiva suficientemente clara. Si bien no se hace aquí un análisis exhaustivo de la crisis global reciente, es insoslayable aludirla a fin de explicar la estructura de la economía mundial y su propensión a las crisis con base en el comportamiento discontinuo del sistema por su propia naturaleza contradictoria. Las crisis financieras son recurrentes en el capitalismo por la imposibilidad de los mercados financieros de autorregularse.

**Cuadro 1.**  
**PIB mundial y de países seleccionados**  
**Variación porcentual anual**

|                             | <i>1991-<br/>2002</i> | <i>2003</i> | <i>2004</i> | <i>2005</i> | <i>2006</i> | <i>2007</i> | <i>2008</i> | <i>2009</i> |
|-----------------------------|-----------------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| <b>Mundo</b>                | <b>2.8</b>            | <b>2.7</b>  | <b>4.1</b>  | <b>3.4</b>  | <b>3.9</b>  | <b>3.7</b>  | <b>2.0</b>  | <b>-2.7</b> |
| <i>Países desarrollados</i> | <i>2.5</i>            | <i>1.9</i>  | <i>3.0</i>  | <i>2.4</i>  | <i>2.8</i>  | <i>2.5</i>  | <i>0.7</i>  | <i>-4.1</i> |
| Japón                       | 1.0                   | 1.4         | 2.7         | 1.9         | 2.0         | 2.4         | -0.6        | -6.5        |
| Estados Unidos              | 3.3                   | 2.5         | 3.6         | 2.9         | 2.8         | 2.0         | 1.1         | -3.0        |
| Unión Europea               | 2.3                   | 1.3         | 2.5         | 1.9         | 3.1         | 2.9         | 0.9         | -4.6        |
| <i>Países en desarrollo</i> | <i>4.7</i>            | <i>5.4</i>  | <i>7.2</i>  | <i>6.6</i>  | <i>7.2</i>  | <i>7.3</i>  | <i>5.4</i>  | <i>1.3</i>  |
| Rusia                       | nd                    | 7.1         | 7.7         | 6.7         | 7.5         | 8.4         | 5.4         | -6.2        |
| América Latina              | 2.8                   | 2.2         | 6.2         | 4.9         | 5.8         | 5.8         | 4.2         | -2.0        |
| México                      | 3.1                   | 1.4         | 4.2         | 2.8         | 4.8         | 3.2         | 1.4         | -6.9        |
| Brasil                      | 2.6                   | 1.2         | 5.7         | 3.2         | 4.0         | 5.7         | 5.1         | -0.8        |
| Asia                        | 6.0                   | 6.8         | 7.9         | 7.5         | 8.0         | 8.1         | 5.9         | 2.6         |
| China                       | 10.1                  | 10.0        | 10.1        | 10.2        | 11.1        | 11.4        | 9.0         | 7.8         |
| India                       | 5.8                   | 8.4         | 8.3         | 9.2         | 9.7         | 9.0         | 7.3         | 5.0         |
| Sureste Asiático            | 4.6                   | 5.5         | 6.6         | 5.8         | 6.2         | 6.4         | 4.1         | -0.8        |

Fuente: UNCTAD, *Trade and Development Report 2009*. Tabla 1.1.

Desde la perspectiva sistémica compleja, la incertidumbre es inherente al capitalismo, dada la interacción entre agentes que toman decisiones, siguen estrategias y esperan resultados, ello provoca consecuencias que no siempre se ajustan a la idea prevista. La contingencia y el azar, hacen que los agentes reajusten constantemente sus proyecciones. Es el caso de las empresas nacionales, e incluso de las regiones o los países, que en sus intentos por insertarse en el sistema global de la economía mundial están a expensas de las transformaciones de las ventajas competitivas propias y de los competidores en una lucha por atraer los capitales. Los vaivenes del mercado afectan a los trabajadores que no cuentan con un sistema laboral estable, sino que se enfrentan a la precarización del empleo y la merma de la seguridad social. Los gobiernos mismos, acotan su margen de acción a partir de las determinaciones de grandes empresas transnacionales que imponen determinadas condiciones para la inversión.

En el caso de las crisis financieras, estas pueden entenderse a partir de la exacerbación de las expectativas gananciosas en los periodos de “frenesí”, como las denomina Carlota Pérez [2004, capítulo 10], es decir, momentos en los que la confianza de los agentes en los mercados financieros anima decisiones más riesgosas y que explica el aumento de los compromisos financieros sobre los ingresos corrientes (mayor apa-



lanzamiento). Eso produce un desacoplamiento entre el capital financiero y el capital productivo, en el cual el capital financiero despegó por cuenta propia: la economía se orienta a la multiplicación de ganancias financieras generando una gran masa de capital ficticio. Grandes masas de dinero (plétora de capital) generalmente prestado, buscan invertirse apostando al resultado conveniente validado por analistas y expertos financieros. El apetito especulativo se estimula por la propia confianza del contexto “frenético”, hasta que la bonanza termina por el disloque entre el sustento real de los activos y su precio, primero estalla la burbuja causando el sobreendeudamiento de los agentes y luego la descapitalización de las empresas financieras.

Pérez explica cómo el cambio tecnológico, en su “destrucción creadora”, da pie a una nueva economía orientada por las ramas de vanguardia, lo que la bifurca de la “vieja” economía; esto puede ayudar a comprender crisis como la de 2001-2002 en Estados Unidos por el frenesí de la economía “punto com”, pero en cierta medida también la crisis global responde a la vorágine de la sofisticación y desregulación de la globalización financiera. El resultado es que tras financiar el cambio tecnológico, el capital financiero desarrolla instrumentos para hacer dinero con dinero, no siempre de forma legal. Se quebranta la prudencia y se provoca la inflación de activos financieros. Así, se desestimula el financiamiento de creación de valor real, hay “dos dineros”, el de la economía real y el de la economía especulativa.

Las crisis en los países en desarrollo de finales del siglo XX (América Latina, Asia, Rusia) parecen haberse desvanecido en la memoria de los agentes financieros que continuaron empujando procesos de creciente liberalidad especulativa a través de la desregulación, o incluso eliminando las fronteras entre la banca de inversión y la banca comercial. Innovaciones de “ingeniería financiera” como las hipotecas de baja calidad, su titularización y los derivados financieros, aunado a una exigua fiscalización y la “banca sombra” alentaron este comportamiento especulativo [Ocampo, 2009]. Todo ello a costa de la erosión del sistema institucional y una pérdida de legitimidad.

Lo paradójico es que a raíz de la crisis mundial, se extendió una ola de rescates millonarios de distintas proporciones por parte de los gobiernos de varios países del mundo para apoyar a los capitales privados, tanto financieros como productivos, aunque ello contraviene los preceptos liberales en los que supuestamente descansa el comportamiento que rige los mercados; la UNCTAD [2009b] estima que hasta inicios

de 2010, los apoyos directos al sector financiero habían representado en las economías desarrolladas un 48.5% de su producto interno bruto, pero hay casos extraordinarios como los de Islandia e Irlanda que debieron destinar 263% y 266.4% de su PIB respectivamente a dicho sector, mientras que en el caso de Estados Unidos el apoyo ha representado 81.1 de su producto. Por su parte, los estímulos fiscales representan conjuntamente en los países desarrollados un 3.7% de su PIB. Además, en aras de la recuperación económica y dado el clima de aversión al riesgo y escasas de liquidez, los gobiernos han alentado reducciones a la tasa de interés (cuadro 2).

**Cuadro 2.**  
**Tasas de interés en países seleccionados, julio 2007-mayo 2009**

|           | Tasa de interés (porcentaje anualizado) |            |                |           | Cambio en puntos base   |                             |                            |
|-----------|---|------------|----------------|-----------|-------------------------|-----------------------------|----------------------------|
|           | Julio 2007                              | Julio 2008 | Diciembre 2008 | Mayo 2009 | Julio 2007 - Julio 2008 | Julio 2008 - Diciembre 2008 | Diciembre 2008 - Mayo 2009 |
| Argentina | 9.34                                    | 8.98       | 11.12          | 10.82     | -36                     | 213                         | -30                        |
| Brasil    | 11.25                                   | 13.00      | 13.75          | 10.25     | 175                     | 75                          | -350                       |
| China     | 3.33                                    | 4.14       | 2.79           | 2.79      | 81                      | -135                        | 0                          |
| India     | 6.00                                    | 6.00       | 5.00           | 3.25      | 0                       | -100                        | -175                       |
| Japón     | 0.50                                    | 0.50       | 0.10           | 0.10      | 0                       | -40                         | 0                          |
| México    | 7.25                                    | 8.00       | 8.25           | 5.25      | 75                      | 25                          | -300                       |
| Corea Sur | 4.75                                    | 5.00       | 3.00           | 2.00      | 25                      | -200                        | -100                       |
| EE.UU.    | 5.25                                    | 2.00       | 0 - 0.25       | 0 - 0.25  | -325                    | -175                        | 0                          |

Fuente: UNCTAD, Trade and Development 2009. Tabla 1.7.

Esto nos permite subrayar la simulación discursiva de lo que podríamos caracterizar como un *capitalismo cínico*: el apoyo manifiesto al gran capital, costado con recursos públicos que sangran a los contribuyentes; bajo la tendencia predominante en el neoliberalismo de privatizar las ganancias pero socializar las pérdidas, ha operado una suerte de subsidio a la irresponsabilidad y la codicia. Resulta irónico que se sus-traigan fondos públicos para el rescate de grandes empresarios sin que estos mermen su rentabilidad ni asuman una responsabilidad legal por las lagunas de las leyes fiscales, laxas a la especulación, tales experiencias corresponden a una exacerbación de las desigualdades; subordinando las condiciones de vida de la mayoría de las sociedades a los intereses del capital financiero.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> La crisis provocó rescates financieros de empresas tanto financieras como productivas (General Motors), bajo el argumento de que son “demasiado grandes para caer”; empero, cabe citar que el mismo criterio no fue seguido para el gigante Lehman Brothers, que fuera el cuarto banco de inversión más grande de Wall Street. Empero, los rescates multimillonarios recientemente conocidos a empresas pri-

Pero al mismo tiempo, el alcance de la crisis y la difusión social de sus efectos ha contribuido a una percepción pública de los excesos especulativos de las agencias financieras, comportamiento que antes de la crisis se exaltaba como una pauta plausible [UNCTAD, 2009a]. Lo interesante hacia el futuro cercano es que la legitimidad del neoliberalismo parece estar consunción, como consecuencia de su inoperancia para responder a las “anomalías” de la vorágine especulativa, lo que implica un periodo de profundas agitaciones ante una crisis global que no termina por tocar fondo. Lo que exige redoblar esfuerzos por comprender los fenómenos económico-sociales y perfilar opciones de cambio con miras al desarrollo.

#### **4. DESARROLLO TARDÍO: TEORÍA Y EXPERIENCIAS**

##### ***A. La economía del desarrollo***

*Grosso modo*, hay cierto consenso en asumir el desarrollo económico como un proceso de largo plazo que aspira a mejorar el nivel de vida y el bienestar general de la población. Para que sea posible el desarrollo, se requiere como *conditio sine qua non* de crecimiento con base en las técnicas modernas de producción; pero si bien el crecimiento cuantitativo es necesario, es insuficiente ya que el desarrollo implica mejoras cualitativas en toda la estructura económica como el ingreso *per cápita*, la distribución del ingreso, el acceso a la tecnología y el conocimiento, la educación, la salud, etcétera.

El problema de cómo lograr el desarrollo actualiza su relevancia a nivel mundial, en la medida en que la mayoría de los países viven en medio de carencias, desigualdad y falta de oportunidades, que limitan la calidad de vida de su gente. El desarrollo sigue siendo un reto para los países atrasados, con miras a progresar siguiendo la frontera móvil que definen los países de mayor ingreso *per cápita*. Por eso tiene sentido reconocer los cambios históricos para examinar las posibilidades del desarrollo dentro de las circunstancias actuales.

No hay propiamente en la economía neoclásica una teoría del desarrollo, sino como consecuencia del crecimiento sostenido. Su idea descansa sobre la base de que los fundamentos del mercado derivan en mercados eficientes, información perfecta y el

---

vadas están enmarcados en el terreno de un capitalismo que frente a sus errores recurre al salvamento público.

equilibrio, para lo que se requiere de suficientes niveles de ahorro que se traduzcan en el capital que detone el crecimiento y en evitar las fallas del gobierno. A nivel internacional, los supuestos se complementan a partir de la idea de que las naciones tienen mismas funciones de producción y se benefician de la competencia a partir de las ventajas comparativas (teorema Heckscher-Ohlin).

A partir de los 1940s y sobre todo durante los 1950s, en medio de un creciente distanciamiento de las tesis neoclásicas favorecido por la irrupción de las respuestas keynesianas a la Gran Depresión y el reacomodo institucional de posguerra, un clima político e intelectual favorable a la acción de los gobiernos en la economía permitió que la ciencia económica viera emerger una subdisciplina preocupada por el subdesarrollo que agobiaba a la mayoría de los países, básicamente en Asia, América Latina y África.

La economía del desarrollo se derivó de un doble rechazo: 1) a la monoeconomía, comprendida como hipotética homogeneidad entre países atrasados y avanzados; y 2) a la pretensión de beneficio mutuo entre los países subdesarrollados y los industriales [Hirschman, 1984]. Ambas proposiciones descansan en el corazón de la ortodoxia económica, ya que asumen la validez universal de que “... sólo hay una ciencia económica (“así como sólo hay una física”) [y de que] en una economía de mercado, fluyen beneficios para todos los participantes, ya sean individuos o países, de todos los actos voluntarios del intercambio económico (‘porque de otro modo no participarían de tales actos’)” [Hirschman, *op. cit.*: 14]. Estas proposiciones resultaban sumamente limitadas para explicar la condición de las vastas regiones en atraso, y en el marco anteriormente descrito se fueron quedando en descrédito por ser idealizaciones abstractas frente al marco keynesiano enfático en la acción efectiva de las políticas públicas.

Así, la idea de que el crecimiento no era un fenómeno “espontáneo” avanzó gracias a una serie de contribuciones, no carente de tensiones (Rosenstein-Rodan, Lewis, Gerschenkron, Kuznets, Hirschman). Tesis sobre el subempleo, la industrialización de “llegada tardía” o la falta de emprendedores hicieron factible la adopción de argumentos sobre protección, planeación y la creación de estructuras productivas y distributivas que superaran la economía de auto-subsistencia, cuya palanca era la inversión o la acumulación de capital [Rivera, 2009a]. La variedad de hipótesis y los casos estudiados históricamente revelaban que hay más de un camino hacia el desarrollo.

La idea central del crecimiento equilibrado sostenía que a partir de la mayor acumulación de capital, las inversiones se extenderían generando beneficios no sólo para el inversor sino también externalidades positivas, pero soslayó el desequilibrio y los enlaces verticales; o bien que el crecimiento también genera externalidades negativas<sup>13</sup>. En lo respectivo a la idea del beneficio mutuo, la pregunta central giraba en torno al por qué los países subdesarrollados estaban tan empobrecidos a pesar de participar desde largo tiempo en la “red del comercio mundial” sin haber salido beneficiados [Hirschman, *op. cit.*]

Eso fue la inspiración para diferentes enfoques críticos, como el de Hans Singer y por otra parte Raúl Prebisch y el estructuralismo cepalino, que pusieron de relieve la desigualdad de los términos de intercambio, por la brecha creciente entre los precios de los bienes comerciados, además dio aliento a los argumentos en aras de impulsar políticas de proteccionismo e industrialización. Estas ideales obtuvieron acogida intelectual y política, pero también factibilidad histórica, porque se trataba de un momento en que el mercado mundial estaba en reconstitución y como señaló Hirschman, “... los periodos de aislamiento [entre países atrasados e industriales] pueden ser benéficos; y [...] cierta alternación del contacto y el aislamiento creaba condiciones óptimas para el desarrollo industrial” [*op. cit.*: 31].

Pero el supuesto de beneficio mutuo también animó agudos cuestionamientos desde la izquierda (tercermundismo-dependientismo). En este último caso, posiciones ligadas al neo-marxismo criticaron a la economía del desarrollo por no haber profundizado en el problema de los países pobres y no plantear (como ellos) el cambio total de su estructura socioeconómica y política, sino simplemente consentir nuevas formas de explotación y dependencia [Cfr. Hirschman, *op. cit.*: 14-16 y 27; y Dabat, 1994: 21-29]. Las dificultades que se padecieron en el proceso de industrialización del otrora llamado “Tercer Mundo”, alentaron el radicalismo de una izquierda que caracterizaba los intentos orientados desde los gobiernos, como proclives a la dominación y explotación de las empresas multinacionales aliadas con las *lumpen*-burguesías nacionales.

Es importante hacer aquí una breve digresión, ya que frecuentemente hay una yuxtaposición de posturas con respecto a la industrialización y más aun, sobre la idea misma de desarrollo. En los contornos históricos a los que nos referimos en esta breve

---

<sup>13</sup> Véanse, Rivera, *op. cit.*: 8; y Hirschman, 1961, caps. 3 y 6.

revisión a la economía del desarrollo (mediados del siglo XX), la idea seguida al menos en América Latina por los gobiernos, era la de una industrialización con miras al desarrollo *capitalista* y no de otro tipo, sin perder de vista que este proceso implica para países atrasados, transitar por la dura experiencia que es la relación entre desigualdad y desarrollo. Tal como lo advertimos en el primer párrafo de este capítulo, el desarrollo capitalista es un proceso contradictorio que imperiosamente trastoca estructuras tradicionales (asociadas a cosmovisiones diferentes a las capitalistas), que avanza en el crecimiento de algunos sectores a costa de otros, por lo que se crean desigualdades sociales asociadas con la destrucción de modos tradicionales de producir y actuar ante la realidad, frente al costo de oportunidad que representa la modernización capitalista, lo que deriva en problemas políticos y sociales [Rivera, 2009a]. La economía del desarrollo no consideró tales efectos y asumió que “todas las cosas buenas van juntas” [Hirschman, *op. cit.*: 35].

El neo-marxismo insistió en remarcar las falencias de la economía del desarrollo, pretendiendo un cambio más profundo de países que sin haber desarrollado aún el capitalismo, hubiesen adoptado otro modo de producción<sup>14</sup>. Además de esta postura, también se recibieron críticas a la economía del desarrollo desde la derecha, los neoclásicos no sólo reprochaban la violación a los principios de la monoeconomía, sino que machacaron la mala asignación de los recursos por parte de la estrategia gubernamental y las insolvencias del proteccionismo; a partir de su crítica al intervencionismo, el trabajo teórico y político que desarrollaron autores como Hayek o Friedman, replanteó la centralidad del mercado como entidad autorregulada e insustituible para la mejor asignación de los recursos, esfuerzos que cristalizaron a partir de los 1980s en lo que conocemos como el neoliberalismo.

Más allá de exageraciones y simplificaciones, ambas críticas pusieron de relieve problemas serios que aquejaron al proceso industrializador, tales como el peso que tenía la inversión extranjera, la creciente desigualdad de los ingresos entre las clases sociales, o las ineficiencias producto de las fallas gubernamentales. Pero como reconoce Hirschman [*op. cit.*], la economía del desarrollo no produjo una síntesis capaz de asimilar las críticas y reformular la subdisciplina. De tal suerte, se produjeron diferen-

---

<sup>14</sup> En esto pesaba el clima político inmerso en la Guerra Fría que merodeaba en Asia, África y América Latina, con revoluciones como la cubana (1959) por ejemplo, que despertaba animosas esperanzas de cambio entre los impugnadores al capitalismo.

tes reacciones a lo que parecía ser un desencanto del impulso inicial, una de las cuales se expresó en una reacción técnica que limitó a la subdisciplina a la función de ofrecer solución a problemas específicos de políticas económicas y desarrollo sectorial. La otra reacción fue la de asumir una suerte de responsabilidad sobre el mal curso económico y político, condenar la mala distribución del ingreso y la formulación de soluciones.

Si bien la debacle de la economía del desarrollo significó una ausencia teórica que diera sustento a la estrategia, es necesario avanzar en un esfuerzo de integración crítica de corrientes *específicas* pero asociadas de alguna forma, con miras a sustentar una posible estrategia de desarrollo [cfr. Rivera, 2009a], partiendo de una revisión de las posiciones que en alguna medida explican los procesos económico-sociales contemporáneos, así como retomando teorías anteriores muchas de las cuáles han sido desdénadas simplemente por haber sido planteadas hace tiempo, sin advertir que con mayor frecuencia de la que se reconoce, los ideas viejas resuelven problemas nuevos.

### ***B. Industrialización tardía y contribuciones heterodoxas sobre el desarrollo***

En primer término valoramos los estudios sobre la industrialización tardía, que advierten que el proceso de desarrollo no sigue necesariamente un curso lineal como sugería Marx<sup>15</sup>, así como tampoco inevitable [Hoff y Stiglitz, 2002]; los países no siguen una sola estrategia o trayectoria, por lo que las experiencias de los pioneros y las de los seguidores difieren [Gerschenkron, 1970: 10]. A partir de lo que Gerschenkron llamó la “situación típica del atraso”, es decir, el *reto* a superar se identifica por un grado de *tensión*: “... la tensión existente entre el estado real de las actividades económicas en el país y los obstáculos que se oponen al desarrollo industrial, por un lado, y la gran promesa que ese desarrollo lleva consigo, por otro.” [op. cit.: 11]. Veremos que esta situación fue aprovechada de forma muy diferente en el caso de los países tardíos “A” y los del tipo “B”.

Otra importante contribución al estudio del atraso económico, es la tesis de que los países tardíos pueden superar su condición a partir de “saltos” o “erupciones bruscas” [Hikino y Amsden, 1995] que pueden dar a partir de la adopción del progreso tec-

---

<sup>15</sup> Nos referimos a la expresión del Prólogo a la 1ª edición de *El capital*, a la que Marx atribuía el rango teleológico: “El país industrialmente desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro” [1994: 7]

nológico. Mientras más pueda un país situarse en la frontera del progreso tecnológico, mayor será la promesa de su industrialización. La imitación tecnológica juega así, un papel importante, ya que gracias a la importación de maquinaria y conocimiento técnico de frontera, podrá posicionarse mejor frente a la economía mundial [Gerschenkron, *op. cit.*: 14]. Los frutos del progreso técnico, permiten a estos países rejuvenecer ramas maduras. De aquí se desprende la idea de “ventaja del atraso”, que sustenta que estos necesitan menos esfuerzos para situarse en las nuevas tecnologías, en comparación con aquellos países que han hecho fuertes inversiones previas en tecnologías que se han vuelto obsoletas. De esta forma, los países seguidores tienen procesos de industrialización más cortos, beneficiándose de la transferencia de tecnología y la importación de capital. Esta idea igualmente es valiosa al momento de comparar el comportamiento de la tipología que nos interesa estudiar.

Para ello, se requiere aprovechar las ventajas competitivas [Hikino y Amsden, 1995: 6] y sobre todo, superar los obstáculos institucionales que logren la “tensión” (reto) suficiente. Es el caso de los grandes esfuerzos sociales por instruir a la población en el nuevo trayecto, y sobre todo, de contar con el acuerdo o las condiciones políticas propicias. Veremos en primer lugar los aportes concernientes a la imitación tecnológica para atender más adelante lo que atañe al marco institucional, adicionando la propuesta de Hoff y Stiglitz.<sup>16</sup>

Con muy variadas raíces teóricas, unidades de análisis distintas, así como reconociendo procesos determinantes del crecimiento y núcleos endógenos diferentes, distintas corrientes teóricas heterodoxas siguieron la ruta abierta por la economía del desarrollo. Un primer enfoque que revisaremos es el evolucionismo, que ofrece una explicación tecnológica del crecimiento, inspirada en el éxito asiático, a partir de su adaptación al cambio tecnológico. A decir de Dosi, uno de los más destacados exponentes de esta corriente, el evolucionismo se centra en las “propiedades dinámicas de las economías”, a partir del comportamiento de los agentes tanto en selección como en aprendizaje [Dosi, 1991: 186-187].

Esta vertiente toma distancia de la corriente ortodoxa, y reconoce: 1) que hay diferencias internacionales en los niveles tecnológicos y capacidades innovadoras; 2) el

---

<sup>16</sup> Se toman como base algunos de los trabajos de Rivera [2009a, 2005], Rivera y Caballero [2007] y Rivera, Robert y Yoguel [2009]; en los cuáles se encuentra un tratamiento más amplio a lo que referimos aquí.



equilibrio general no necesariamente impacta al comercio exterior, lo que redundaría en la macroeconomía de cada país; 3) la distribución intersectorial de participaciones de comercio entre países pueden explicarse por las ventajas/desventajas específicas de cada país; 4) la tecnología no es un bien gratuito o libre, y 5) los patrones de asignación inducidos por el comercio internacional tienen implicaciones que generan retroalimentación “virtuosa” o “perversa” [Dosi *et al.*, 1993: 41].

Con base en estudios casuísticos, su interés tiende hacia la empresa y las redes empresariales como polo dinámico del crecimiento, aunque con cierta omisión del interés explícito por el desarrollo nacional. Como subraya Rivera, los evolucionistas “desplazaron el concepto de acumulación de capital por el de acumulación de capacidades tecnológicas” [2009a: 54], y reconocieron que para la operacionalización productiva del conocimiento tecnológico se requieren de la observación, el aprendizaje y la imitación<sup>17</sup>, en particular el concepto de *aprendizaje* se convierte en vehículo primordial de progreso económico [Ibíd.: 13]. Para ello, es fundamental: 1) la unidad empresarial y nacional frente al aprendizaje, 2) las instituciones que rodean al proceso de aprendizaje, y 3) el mercado, como mecanismo de selección y asignación óptima de recursos [Dosi, 1991: 189].

El evolucionismo reconoció así que la capacidad para innovar requiere de aprendizaje, y que éste no se logra al margen de los agentes externos como las empresas multinacionales, por lo que el proteccionismo y la importación de bienes de capital no necesariamente promovían el aprendizaje y la innovación, como tampoco se derivaba espontáneamente de la apertura comercial y los efectos competitivos [Bell y Pavitt; 1992]. Por ende, se reconoce la necesidad de la intervención pública, sin que éste sustituya a los agentes innovadores ni al mercado, que necesitan la competencia dinámica como medio selectivo que incita a la innovación continua, la imitación y el aprendizaje, lo que fortalece al concepto de intervención selectiva<sup>18</sup>, como sucedió en los casos mencionados, como producto de políticas internas tanto gubernamentales como empresariales, y de la relación con agentes externos.

Otro aporte a considerar, también ligado al cambio tecnológico es el de los neoschumpeterianos, que como apuntamos arriba consideran una perspectiva más am-

---

<sup>17</sup> A nivel “fenotípico” reconoce Dosi [1991], al subrayar el interés centrado en la empresa individual, cuyos resultados son extensibles a través de procesos selectivos del mercado.

<sup>18</sup> Véanse Dosi, 1991; Rivera, *op. cit.*: 13-14; Bell y Pavitt, 1992].

plia al referirse, en el caso de Pérez, a las “grandes oleadas de desarrollo” [2004]; desde este enfoque, las revoluciones tecnológicas conllevan una relación de oportunidades y restricciones para el desarrollo nacional, que se vuelve un blanco móvil por las condiciones cambiantes [Pérez, 2001]. Por ello, es central adaptar y asimilar hasta dominar los conocimientos generados por los países líderes, ya que el desarrollo está en función del conocimiento y el aprendizaje. Con esto, guardan amplias similitudes con el evolucionismo, aunque hay una mirada de mayor alcance, al centrarse en la idea de desarrollo nacional, y reconocer el dinamismo del capitalismo a través de las grandes oleadas.

En la búsqueda por trascender esas limitaciones, el capitalismo se ha expandido allende las fronteras nacionales buscando espacios rentables por medio del abaratamiento de costos. La rigidez del fordismo cedió su lugar ante el posfordismo a partir de una producción mucho más flexible y se abrió campo a la deslocalización a lo largo de una dispersa red de empresas ligadas en torno a la producción de bienes para firmas específicas por medio de la subcontratación. Estos cambios que atañen a la deslocalización de la valorización del capital, nos remite a la teoría de las redes globales [Gereffi, 1994 y 2001] la cual es importante en tanto que reconoce que los países tardíos —si bien no los denomina así— pueden integrarse en las cadenas o redes globales de producción y participar del proceso de valorización. La idea es que puedan ascender como exportadores superiores y superar la fase de inserción gracias a la mano de obra barata. Empero, hay que considerar problemas como: *a)* las barreras a la entrada a las actividades centrales de la cadena global de valor, y *b)* el enfoque de desarrollo con connotación local y de escasa dimensión nacional [Rivera, 2009a]. Asimismo, está el hecho de que puede coexistir el dinamismo local con el estancamiento nacional, lo que no satisface las necesidades de generar polos dinámicos de articulación amplia que irradian el beneficio al conjunto de la economía.

Por ello, es necesario atender la contribución del enfoque institucional y su influencia sobre el cambio organizacional. Para Hoff y Stiglitz, el desarrollo no es un proceso de acumulación de capital, sino de cambio organizacional: “Nosotros visualizamos a la sociedad como una *organización*, en la cual el intercambio y la producción están mediados no solamente por mercados sino por una serie de arreglos formales e informales” [2002: 401; cursivas originales]. Desde esta óptica, si bien es menester reconocer

los fallos gubernamentales, es igualmente central examinar los fallos de mercado, especialmente en los países subdesarrollados. A partir de esto, se advierte que hay *fallos de coordinación* que derivan en equilibrios disfuncionales sobre bases institucionales que provocan círculos viciosos, en los cuáles las instituciones inferiores (aquellas que perpetúan el atraso) se sobrepone a las superiores (que apoyan el aprendizaje) [Rivera *et al*, 2009]. Casos como la mala distribución del ingreso hacen que se extienda el atraso a lo largo de generaciones, lo que acentúa el círculo vicioso de esa desigualdad, limitando permanentemente el crecimiento [Hoff y Stiglitz, *op cit.*: 395]. Al reconocer el vínculo con la política, esta teoría avanza hacia el problema institucional que habilita o limita las conductas innovadoras, de lo que nos ocuparemos más detenidamente en el siguiente capítulo.

En lo que sigue, veremos que las experiencias de Asia oriental y de América Latina frente a las transformaciones de la economía mundial difirieron substancialmente, dado que para los primeros representó abrir la “ventana de oportunidad” para el desarrollo [Pérez, 1996], mientras que en el segundo caso, la estrategia nacional no se adecuó a dichas transformaciones, por lo que hay que distinguir las distintas modalidades de inserción a la economía global seguidas por estos países, ya que el bloque de países de desarrollo tardío no es homogéneo.

### ***C. El desarrollo tardío y las diferentes trayectorias de los países “A” y “B”***

En diferentes magnitudes, las anteriores corrientes teóricas participan de una explicación acerca de las diferentes trayectorias históricas seguidas por los países “A” y “B”. Los primeros llevaron a cabo procesos de aprendizaje tecnológico y social que hicieron posible su integración a la economía global gracias a cambios estructurales favorables, logrando mayor competitividad internacional y cierta atenuación de desigualdades. Mientras tanto, en los segundos predomina el atraso a pesar de que existen brotes o islotes de dinamismo y creatividad [Rivera, Robert y Yoguel, 2009].

Tomando como punto de referencia el llamado “milagro asiático” del primer grupo de países (Asia Oriental, China, India), diversas posturas comenzaron a explicar este caso de desarrollo económico, en el cual se marcaban profundas diferencias con la trayectoria latinoamericana tipo “B”, como grupo de países rezagados. Examinemos en un plano comparativo esas diferencias.

Para nuestra región, no debemos perder de vista que existen profundas heterogeneidades entre los países más grandes (Brasil, México, Argentina y Chile) y el resto; e incluso, el proceso de desarrollo económico se encuentra más avanzado en Brasil que en los demás. Al mismo tiempo, es útil conocer la herencia de un periodo de industrialización por sustitución de importaciones, que generó una experiencia positiva al sentar las bases de la industria doméstica, con base en el apoyo estatal a una burguesía nacional, pero que al mismo tiempo, creó las condiciones de mercados sobreprotegidos con sesgos anti-exportadores, y anti-innovadores solapados por el Estado.

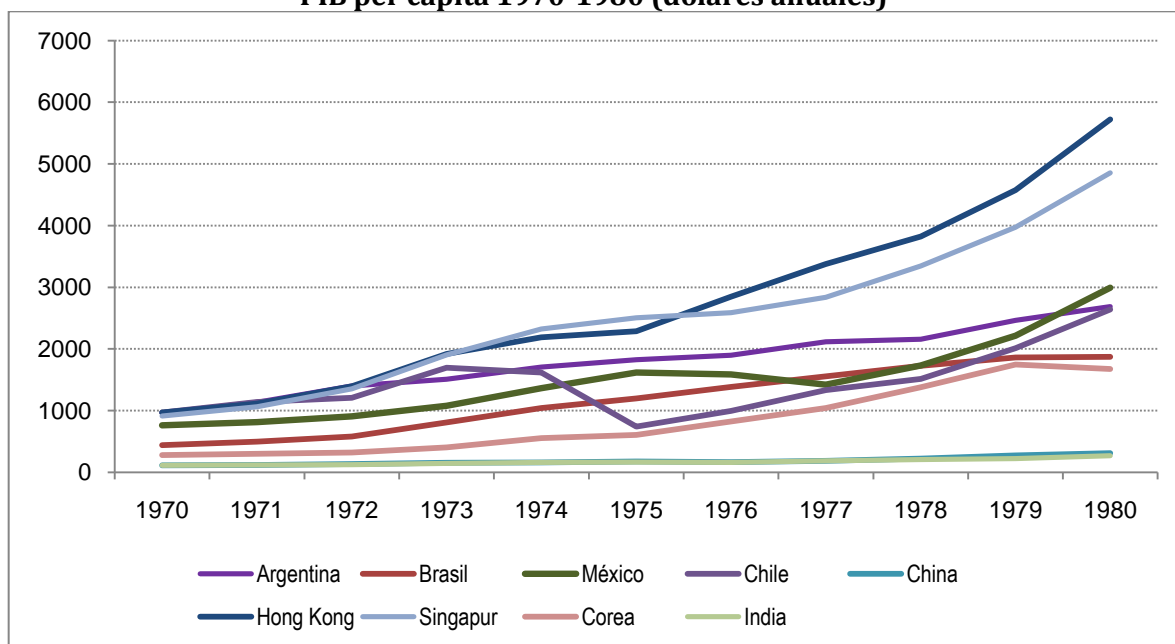
De tal suerte, la región y particularmente México, se halló en un marco de relativo aislamiento con respecto al resto del mundo, favoreciendo el ascenso de los grandes capitales locales de poder monopólico consentidos igualmente por el poder gubernamental. Ante tales condiciones, en América Latina se soslayó la modalidad de industrialización nacional para una posterior competencia con el exterior; por el contrario, se sobreprotegió a las industrias nacionales hasta el momento en que las condiciones internacionales volvieron impostergable la apertura.

En el caso de las economías asiáticas dinámicas, lograron una convergencia gracias a sus procesos de aprendizaje e innovación (generalmente incremental); sin embargo, el cambio tan vertiginoso en los productos intensivos en tecnologías de la información impone fronteras que no todas las empresas han podido seguir los éxitos de aquellas que producen diseños propios, sino que muchas se mantienen en el segmento del desarrollo de producto (sin negar su importancia). Así mismo, cabe resaltar que este éxito no es producto de la simple adaptación tecnológica, sino que hay otros aspectos como las condiciones históricas del mercado mundial, la deslocalización productiva global y la intervención selectiva.

Esas *relaciones* construyeron habilidades tanto productivas como sociales que han permitido el avance de los países tardíos "A", en comparación con el rezago que no logra superarse en América Latina (gráficos 1 y 2). En el sentido de lo planteado por el evolucionismo, el crecimiento tiene su fundamento en la adaptación al paradigma tecnológico-productivo prevaleciente. A la luz del caso de Asia Oriental, como experiencia de industrialización tardía, es claro que la adopción de procesos tecnológicamente adelantados ha sido fundamental para su crecimiento como "gran salto", y que imitando a países más desarrollados, esencialmente a Japón que fue su gran enlace con

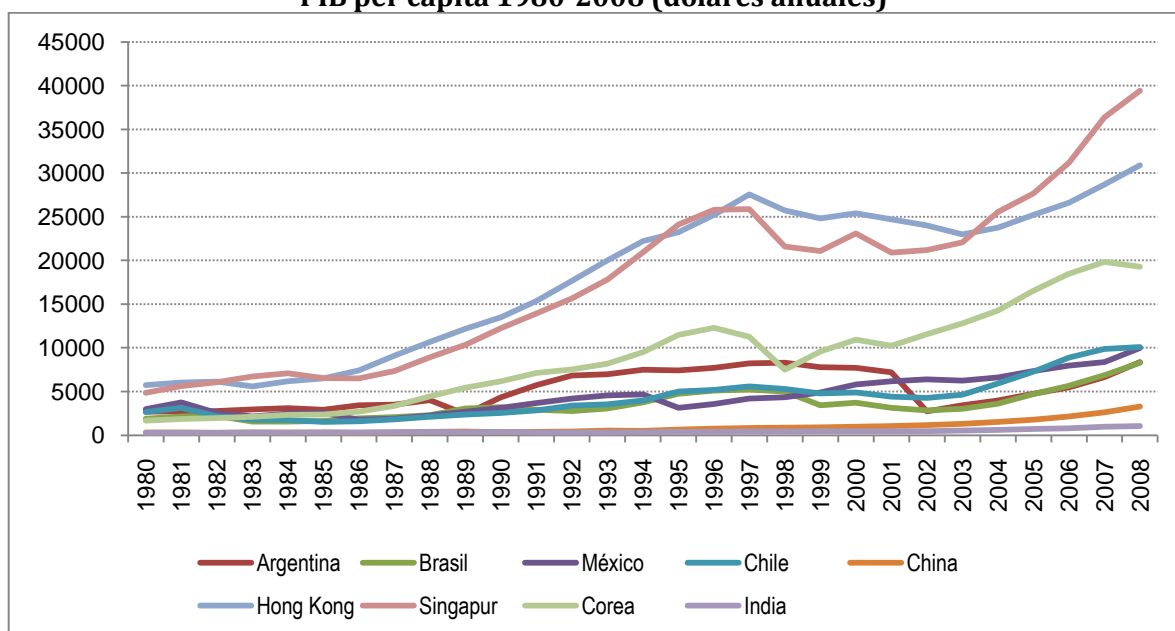
las tecnologías avanzadas, estos países han experimentado un despegue imprescindible en los estudios sobre el desarrollo tardío; empero, ello debe atenderse con cuidado, a fin de evitar ponderaciones desproporcionadas o determinismos tecnologistas.

**Gráfico 1.**  
**PIB per cápita 1970-1980 (dólares anuales)**



Fuente: Naciones Unidas, Statical Division, National Accounts.

**Gráfico 2.**  
**PIB per cápita 1980-2008 (dólares anuales)**



Fuente: Naciones Unidas, Statical Division, National Accounts.

Tal y como mencionamos arriba, la dinámica discontinua del capitalismo presenta periodos de expansión y contracción del mercado mundial; en estos segundos, durante la desarticulación del mercado mundial en el periodo entreguerras, se propiciaron circunstancias favorables a la industrialización de las zonas periféricas. Con el común denominador de la dirección gubernamental, a favor de una industrialización a partir de la sustitución de importaciones, Asia Oriental y América Latina implementaron políticas proteccionistas.

Los factores que fueron determinando las diferentes trayectorias entre estas grandes regiones comenzaron a destacarse cuando la llamada etapa “fácil” de sustitución de importaciones se erosionaba. Tras implementar apoyos directos a las empresas de los bienes de consumo directo, e incluso fincar empresas públicas con base en una tendencia “aislacionista” por el grado de proteccionismo, a partir de los 1960s, la rearticulación de la economía mundial y el tope de la fase “fácil”, exigían un viraje en la estrategia de desarrollo, que consideraba ya el avance a la producción de bienes intermedios y de capital, así como una rearticulación al mercado mundial.

El agotamiento de la primera etapa de la ISI exigía el paso hacia una segunda etapa de sustituir importaciones de insumos, de acuerdo con lo que Hirschman [1961] llamó los eslabonamientos anteriores y posteriores. Sin embargo, en América Latina prevalecieron los intereses de las burguesías nacionales opuestas a “compartir” los beneficios estatales. Esgrimiendo dudas sobre la calidad de los insumos domésticos, temores a volverse dependientes de los mismos, la intensificación de la competencia o mermas a la rentabilidad, los empresarios beneficiados por los Estados mediante ayudas fiscales limitaron el tránsito hacia la segunda etapa. “Por lo tanto el ‘agotamiento’ no se produjo por factores técnicos o económicos, sino políticos. Si por un lado se vuelve atractivo a partir de cierto punto sustituir los insumos importados, al mismo tiempo surgen obstáculos a dicha clase de inversiones, debido a que los intereses de los empresarios de la etapa ‘facil’ de sustitución se ven amenazados por las industrias abastecedoras de insumos.” [Rivera, 2000: 141].

Otro gran obstáculo fue la relación con el exterior. En América Latina se careció de la decisión que se tuvo en Asia Oriental, de considerar al mercado externo como un espacio no sólo de rentabilidad, sino de colaboración (inversión extranjera directa) y prueba al exponerse a los efectos pro-competitivos (comercio exterior). En el caso

coreano, Rivera señala cómo el acceso al mercado mundial permitió que el Estado contara con instrumentos para arbitrar los subsidios, con base en el dinamismo exportador generador de divisas (*cash cow*). Paralelamente, el manejo macroeconómico del tipo de cambio favoreció en Asia Oriental el apoyo a las exportaciones. Caso contrario al latinoamericano que centralizó el otorgamiento de subsidios en Estados burocráticos [*op. cit.*: 142] y en el que los intereses proteccionistas (sobreevaluación cambiaria) preponderaron. Además, en Asia Oriental se comprendió y aprovechó mejor el hecho de que la empresa transnacional *puede* ser un canal para la transferencia de tecnología a los países tardíos, acelerando su industrialización [Hikino y Amsden, 1995: 9]. La relación con los capitales foráneos permitió una colaboración que favoreció el aprendizaje tecnológico a partir de una estrategia que implicó pasar de la manufactura de exportación intensiva en mano de obra barata, a la manufactura de equipo original y luego a la manufactura de diseño propio [Rivera, 2000]. Ello significó ampliar el gasto público y privado en investigación y desarrollo, que rindió frutos en la acumulación de conocimiento tecnológico que rebasó el simple *know how*.

Contrariamente, el marco general en América Latina fue el de un sesgo antiexportador, que no sólo alimentó los gananciosos intereses de los grandes capitales domésticos, sino que soslayó una oportunidad de inserción a la economía mundial, así como de enfrentarse paulatinamente a los retos de la competencia y la eficiencia. El impulso tomado durante la primera fase fue debilitándose al no apuntalar la capacidad de aprendizaje e innovación, extendiendo una pasividad tecnológica, que derivó como uno de los factores centrales para diferenciar las experiencias fracasadas de América Latina con respecto a las exitosas de los casos emblemáticos de Asia Oriental (Corea del Sur, Taiwán, Singapur).

Otro elemento de análisis importante es la ausencia del sujeto empresarial dinámico que interactuara con los inversionistas extranjeros, ya que perfiló un matiz anti-competitivo, que fortaleció la ineficiencia productiva, la mala calidad de los productos y la obsolescencia tecnológica. Al carecer de incentivos a la innovación por la ausencia de competencia, el empresariado de la región y específicamente el mexicano se acostumbró a ser meramente rentista de corto plazo, lo que continúa en buena medida siendo un obstáculo a décadas de distancia. Y peor aún, los vínculos entre los intereses

de ese empresario parasitario y la alta burocracia que encajan en la caracterización del *crony capitalism* (capitalismo de compinches) [Stiglitz, 2002].

Sobre esto es importante señalar la respuesta de las organizaciones productivas, y en particular de las empresas de gran tamaño que surgieron como actores centrales en los procesos de industrialización tardía, por lo requerimientos de economías a escala que requieren del crecimiento medio del tamaño de las plantas, lo que exige fuertes inversiones de capital a mediano y largo plazos [Gerschenkron, 1970: 22 y 25].

A diferencia de América Latina, concretamente en Corea del Sur, los grandes conglomerados empresariales o *Chaebol*, como Samsung, Daewoo y Hyundai, actuaron como núcleos intensivos en capital y conocimiento, con base en el apoyo directo del gobierno que les otorgó la disposición monopólica temporal del mercado interno, como compensación al costo del aprendizaje y su competición en mercados externos (aumento en la relación de ventas externas sobre las totales), para seguir participando de los diferentes subsidios. Ello derivó en que el gran capital haya actuado como punta de lanza de la formidable inserción de la economía coreana y se hayan catapultado estas firmas a dimensiones competitivas muy destacadas, como se analizará en capítulos siguientes. Pero esto no hubiera sido posible sin el control disciplinario del Estado, que mantuvo a raya los intereses particulares del gran capital, y los sujetó a una estrategia de alcance nacional [Hikino y Amsden, 1995; Jenkins, 1991; Rivera, 2000].

Dos casos, el coreano y el mexicano, explican bien la diferencia entre la coordinación (Corea) y el contubernio (México) entre la gran burguesía y el Estado. A partir de la diversificación como medida de protección frente a innovaciones revolucionarias potenciadas por oligopolios mundiales [Hikino y Amsden, 1995: 10-11], los *Zaibatsu* japoneses, así como los *Chaebol* coreanos y los grandes grupos latinoamericanos, partieron del conglomerado de actividades en ramas diferentes y no siempre tecnológicamente relacionadas, e incluso aisladas, lo que frecuentemente limitaba la asignación adecuada de recursos y el control. Esos grupos contaron con apoyos estatales como exenciones fiscales o más que el financiamiento, la asignación directa (y en el caso de México discrecional) del capital. La diferencia, parecen haber sido los criterios para la asignación de tales recursos.

Tanto en la experiencia asiática (coreana) como en la latinoamericana (mexicana), se asignaban recursos preferenciales al gran capital, pero en el primer caso, condicio-



nados a resultados objetivos como el cumplimiento de normas, capacitación de la fuerza laboral, gasto en inversión y desarrollo, y sobre todo, el desempeño exportador [Amsden, 1989; Hikino y Amsden, 1995; Wade, 1990]. Este mecanismo de “recompensa” no prevaleció en América Latina, donde no hubo esa habilidad para disciplinar al capital, sino sólo al trabajo [Hikino y Amsden, *op. cit.*: 15].

En buena medida, el factor educativo cumplió esa función en los casos asiáticos ya que, además de capacitar al trabajo en sus habilidades técnicas y gerenciales, se formaron cuadros administrativos de élite, que condujera la administración pública con altos niveles de eficiencia y probidad, imponiendo el servicio civil de carrera y rigurosos exámenes a su desempeño; lo que en América Latina ha dejado su lugar a las componendas grupales, el tráfico de influencias, el nepotismo y la inmoralidad más cínica. La “autonomía” con la que se condujo el Estado frente al capital resultó central para que las recompensas al esfuerzo de las empresas no degeneraran en arreglos corrompidos.

Hikino y Amsden achacan esto a una “debilidad” inicial de las empresas coreanas que no contaban con la fuerza necesaria para oponerse a su contraparte estatal, la que controlaba el financiamiento directamente. Asimismo, a que en América Latina desde entonces prevalecía una más desigual distribución del ingreso, con respecto a Asia Oriental, en el entendido fehaciente de que “... cuanto más concentrado está el poder económico, mayor es el número de estos grupos capaces de sortear las fuentes de financiamiento y ganarse los favores del Estado” [*op. cit.*: 15-16]. Por lo que las raíces de las diferencias entre las experiencias asiáticas exitosas y las fallidas experiencias latinoamericanas, pasan ineluctablemente por los determinantes políticos, cuyas redes tejieron los Estados con los grandes capitales.

Por lo anterior es central analizar el rol del Estado como sujeto social obligado a establecer la estrategia nacional de desarrollo y a determinar las reglas para llevarlo a cabo. “En la medida que los gobiernos de los países asiáticos definieron una política tecnológica, alentaron a los empresarios nacionales a tomar parte en el proceso e involucrarse con los inversionistas extranjeros con lo cual se creó un eslabón del que generalmente carecieron los países de América Latina como México. En Asia el surgimiento temprano de un agente empresarial nacional, dispuesto a entablar una relación de aprendizaje con las empresas extranjeras en sí constituyó un paso gigantesco

que no puede ser ignorado a la hora de explicar las diferencias de trayectoria entre ambos grupos de países.” [Rivera, *op. cit.*: 147].

Ante los ajustes implicados por la expansión del mismo, representados por la globalización, los países tardíos tuvieron la oportunidad de insertarse con mayor presencia a sus fuerzas, lo que explica su cambio significativo con respecto a las condiciones previas. Las interrogantes que surgen son entonces, ¿qué hizo que estos países prosperaran y los nuestros no?, ¿por qué en América Latina el Estado no actuó en el sentido en el que lo hicieron los gobiernos asiáticos?, ¿qué falló para que el proceso estructural creara condiciones favorables a la innovación como en la experiencia de los países “A”?

Estas cuestiones se desarrollarán en el capítulo siguiente, en que nos ocuparemos del análisis del Estado desarrollista y su relación con el gran capital; pero a manera de indicio, coincidimos con Hirschman cuando planteó en su momento la aguda observación: “Dado lo que se consideraba su problema aplastante, la pobreza, se esperaba que los países subdesarrollados funcionaran como juguetes de cuerda y que avanzaran en línea recta por las diversas etapas del desarrollo; sus reacciones ante el cambio no serían tan traumáticas o aberrantes como las de los europeos dotados de residuos feudales, complejos psicológicos y alta cultura exquisita. En suma, como el ‘inocente’ y dulce comerciante del siglo XVIII, se percibía que estos países tenían sólo *intereses, no pasiones.*” [1984: 39; subrayado original].